



dición de los apóstoles (1). Los que hacen de Júpiter el soberano, se engañan por el nombre, pero están acordes en no reconocer más que un poder. Oigo á los poetas proclamar también un solo padre de los dioses y de los hombres.... Si pasamos á los filósofos, encontraremos que difieren por los nombres, pero están acordes por lo que respecta á la unidad de Dios (2).

»Tertuliano dice que los pueblos adoradores de los falsos dioses, no hacen sin embargo mención, ni en sus juramentos, ni en sus acciones de gracias, de alguna divinidad particular, sino de solo el verdadero Dios, al cual se aproximaban elevando las manos y los ojos al cielo; despues concluye que esta manera de invocar es el testimonio de un alma naturalmente cristiana (3). Despues añade, que muchos cristianos habian probado la verdad de su doctrina por el testimonio de los poetas y de los filósofos.

»El mismo apologista, escribiendo á los magistrados romanos, les dice: «Aun cuando fuera cierto que los dioses que adorais fuesen dioses, ¿no convenís, según la opinión general, en que hay un Sér más elevado, más poderoso, que es como el rey del mundo? ¿que el poder supremo no reside más que en él, aunque divida con otros las funciones de la Divinidad (4)?

»Segun Lactancio, los idolátras, admitiendo muchos dioses que presiden á las diferentes partes del universo, creen al mismo tiempo en un solo gobernador supremo (5). Se sabe, dice Arnobio, que el Dios Todopoderoso no ha sido engendrado ni colocado en el mundo, sino que es eterno; se sabe por unanimidad y el comun sentimiento de todos los mortales (6).

»San Agustín se expresaba como Arnobio: «A excepción de un pequeño número, en que la naturaleza es por demás depravada, todo el género humano confiesa á Dios autor de este

(1) Liv. 2 *Contra hæreses*, c. 9.

(2) Octavius, *M. Minucii Felicis*, c. 18, 19, 20.

(3) *Apologético*, n. 17.

(4) *Apologético*, n. 24.

(5) *Instituciones divinas*, l. 1, c. 3.

(6) L. I. *Contra los gentiles*, n. 34.

mundo (1).» Máximo de Madauro, filósofo pagano, escribía á este gran obispo: «Que hay un Dios Soberano que es eterno, el Padre, el autor de todas las cosas, ¿qué hombre hay tan grosero y tan estúpido para dudarlo? Este es aquel á quien adoramos bajo nombres diversos, y que tiene esparcido su poder en todas las partes del mundo (2).» San Agustín le contestó: «Este único Dios de quien me habláis, es ciertamente el que es reconocido en todo el universo, y sobre el cual, como han dicho los antiguos, los ignorantes están de acuerdo con los sábios (3).»

»Máximo se engañaba en otras materias; pero en esta al ménos atestiguaba, lo mismo que San Agustín, la creencia general de un Dios único, cuya noción es comun á todos los pueblos. Convienen en que la noción del verdadero Dios no ha sido nunca tan distinta, tan pura, tan perfecta entre los paganos como entre los patriarcas, entre los judíos como entre los cristianos; pero no es ménos verdad que, aunque alterada por las supersticiones de la idolatría, se encuentra por todas partes; que los gentiles, aun cuando hayan adorado los ídolos, sin embargo han conocido y confesado al Dios Soberano, Padre y autor de todas las cosas, como lo dijo el confesor Saturnino en el concilio de Cartago el año 258: *Gentiles, quamvis idola colant, tamen summum Deum patrem, creatorem, cognoscunt et confitentur* (4).»

A continuacion de este resumen de Mgr. Gousset sobre la creencia general del género humano respecto á la unidad de Dios, añadiremos algunos hechos, particularmente de los que han sido descubiertos en los tiempos modernos.

Sobre la creacion del mundo, hé aquí lo que se ha descubierto al presente de más curioso:

Hace unos veinticinco siglos, muy cerca de los tiempos en que florecian sobre las orillas

(1) Tract. 106 in *Joan, evang.*

(2) Carta 15, alias 113, *Inter augustiminas*.

(3) Carta 17, alias 54.

(4) Labbe, *Concil. t. I*, col. 794.—Gousset, *De la Revelacion*, c. 2. n. 325—30; 3.ª ed., 1849.



del Tigris y del Eufrates los últimos profetas, un sábio de la China, que la historia asegura haber viajado hácia el Occidente, escribía en un libro, que subsiste aún: «Antes del caos que ha precedido al origen del cielo y de la tierra, existía un solo Sér, inmenso y silencioso, inmutable y siempre activo, sin alterarse jamás. Se le puede mirar como la *causa* del universo. Yo ignoro su nombre, pero le designo por la palabra *razon*.» Más adelante distingue en este Sér Supremo una especie de Trinidad, á la cual da el nombre apenas alterado de Jehová; nombre extraño á la lengua china, pero que en hebreo significa *aquel que es* (1).

La China, cuyo carácter distintivo es el respeto á los antepasados, nos presentaría sin duda un desenvolvimiento más completo de estas verdades primeras, si aquel de sus emperadores que reunió el primero todo este país bajo una sola monarquía, doscientos cincuenta años antes de la Era cristiana, no hubiera puesto todo su empeño, durante veinticinco años, en destruir todas las antiguas historias. Sin embargo, en lo poco que nos queda, y en medio de fábulas, algunas veces absurdas, se encuentra que esta Trinidad que ha hecho el cielo y la tierra, el uno ha sacado el mundo de la nada, el otro ha separado los séres flotando en el caos, el tercero ha hecho el dia y la noche. Se encuentra allí la creacion del primer hombre formado de tierra amarilla. El amarillo es el color sagrado de los chinos. Se encuentra también, situado á la puerta cerrada del cielo, un paraíso terrestre regado por cuatro rios, que traen su origen de una fuente amarilla. Este paraíso se llama el jardín cerrado y escondido, y de donde ha nacido la vida. Asimismo se encuentra un árbol, del cual dependía la conservacion de la vida; y por último, se encuentra la descripción de una edad de oro (2).

En la escritura china, especie de pintura algebráica, el más antiguo carácter para significar *Señor* (*chang-ti*) era el punto; frecuen-

(1) Memoria de M. Abel Remusat sobre Laotseu, página 27.

(2) *Memorias concernientes á los chinos*, tom. I, páginas 95-101.

temente se ve por debajo el signo del cielo ó de la tierra; este punto se coloca también en un octógono. «El punto, dice un libro muy considerado en la China, es la imágen de la unidad; la unidad es la esencia de la verdad eterna, la idea de todas las perfecciones del cielo, el principio de todos los séres, el misterio impenetrable del Universo, la causa de toda luz y el abismo de las tinieblas.... El símbolo de la unidad es el triángulo equilátero, que significa la gran union, la union de los tres poderes eternos, los tres reunidos en uno... Nada de lo creado lleva en sí la absoluta necesidad de la union, pero es inseparable de los tres poderes eternos, y sale de su esencia.

»Además, hay otros caracteres tradicionales é históricos, que tienen una significacion no ménos notable. Una mujer entre dos árboles, significa *seduccion*. Un árbol, con el signo del cielo y el de la trasgresion, es llamado por los gramáticos *el fruto desconocido* (1).»

Una concordancia singular con la narracion de Moisés, se encuentra entre los principales pueblos sobre los tres jefes que han fundado las naciones y los imperios. Moisés nombra antes del diluvio los tres hijos de Adam, Cain, Abel y Seth; despues del diluvio, los tres hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, de los cuales descienden todos los pueblos de la tierra. Ahora bien: en China encontramos á la cabeza de su historia tres hijos de Hoang-ty, Chao-hao, Fohy, Tchang-y; en Egipto, á la cabeza de los reyes, tres personajes célebres, Typhon, Osiris, Aruérís. Los griegos reconocian que el cielo y la tierra habian sido gobernados desde luego por Kronos, el cual habia tenido por sucesores tres de sus hijos, Ades, Zeus, Poseidon. Los griegos tenian aún una tradicion que daba por fundadores de tres pueblos célebres á tres hijos del cyclope Polyfemo, Cetus, Gallus, Illyrius, los cuales habian poblado una parte de la Europa y habian sido padres de tres naciones célebres, los celtas, los galos, los ilirios. Los atlántidas reconocian por primer rey á Urano, el

(1) Windischmann, *La Filosofía en la progresion de la Historia Universal*, tom. I, pág. 360 y siguientes, en alemán.



cual habia tenido tres hijos principales, Titan, Saturno, Océano. La mitología romana, que ha copiado casi la de Grecia, coloca tambien por primeros reyes del mundo á los tres hijos de Saturno, Pluton, Júpiter, Neptuno. Los scitas, segun Herodoto, tenían tambien por fundador un primer rey, que habia sido padre de tres hijos, Leipoxain, Arpoxain, Kolanxain. Los scandinavos, segun el *Edda*, que se conserva aún, dicen que el mundo fué poblado por Bore, que tuvo tres hijos, Odin, Vile, Ve. Los germanos creían que su primer rey y su primer fundador habia sido Mannus, el cual habia tenido tres hijos, padres de los ingevones, herminones, isterones. Los druidas reconocían, para la raza de las Islas-Británicas, tres principales pilares ó sostenes: Hu-Gadarn, Prydain, Dyunwald-Moelmad. Entre los indios, sus principales dioses y reyes fundadores de la raza india, son en número de tres, Brahma, Shiva, Vichnou (1).

En cuanto á Hoang-ty, el primer hombre de los chinos, significa su nombre la misma cosa que el de Adam, y parece una traduccion. Adam quiere decir *tierra roja*; Hoang-ty, quiere decir señor ó patriarca de tierra roja ó anaranjada; *ty*, señor; *Hoang*, amarillo ó rojo. Su hijo, Chao-hao ó Hiuen-hiao, corresponde á Cain; Tay-hao ó Fo-hy, es decir, el pastor justo, la víctima pura, corresponde á Abel; Tchang-y ó Chin-nong, á Seth, que en la China, como en Moisés, continúa la serie de los patriarcas, comenzada por Hoang-ty ó Adam (2).

La India, que se la comienza á conocer mejor desde principios de este siglo, nos ofrece en su prodigiosa literatura poemas inmensos donde reina una imaginacion gigantesca; diversos sistemas de filosofía, en donde la sutilidad disputa con la extension, pero sin una historia, ni época, ni datos ciertos. Es como un Océano sin playas. Una cosa, sin embargo, domina allí sobre todo, y es el sentimiento de la divinidad. Todo dimana de ella y á ella vuel-

(1) *Anales de Filosofía cristiana*, segunda série, tom. XV, pág. 251.

(2) *Anales de Filosofía cristiana*, segunda série, tomo XVI. *Los patriarcas anteriores á Noé en China*, pág. 115.

ve; es todo en todas las cosas. Se lee en más de un lugar, que antes de todas las cosas existía el sér de los séres, *Brahm*, el único incomparable, el puro, el infinito, forma de todo, superior á todo, sin nombre, sin figura, subsistente por sí mismo, Criador y Soberano, Señor de todas las cosas (1). Allí tambien se ve el mundo sumergido desde luego en las aguas y las tinieblas, despues la formacion del cielo y de la tierra, pero sobre todo, la creacion del hombre, que se le define *inteligencia encarnada y finita*. Se ve tambien formar la mujer de una parte del hombre, y de su union nacer todo el género humano. Uno de los nombres indios de este primer padre es *Adima*, muy semejante al de *Adam*, y uno de los nombres de la primera mujer, llamada tambien *Ioa*, es *Pracriti*, que significa lo mismo que Eva en hebreo, y que Zoe en griego, es decir *vida*, porque ella ha sido la madre de los vivientes. Igualmente se ve un paraíso terrestre, de donde salen cuatro grandes rios: el Buramputre, el Ganges, el Indo y el Oxus, llamado Gehón por los habitantes del pais. Todo se encuentra allí, y mucho más aún, pero mezclado y confundido en una especie de caos poético y filosófico (2).

En cuanto á la Caldea, Berosio resume así la doctrina antigua: Belus (el mismo nombre que Bel ó Baal, que quiere decir Señor), habiendo dividido las aguas y las tinieblas primitivas, separó la tierra y el cielo y coordinó el Universo. Con su propia sangre, mezclada á la tierra, hizo formar por otro dios á los hombres, que por esta razon participan de la inteligencia divina. Él mismo, en fin, crió el sol, la luna y las estrellas. Poco más ó ménos de la antigüedad de la India, hallamos tambien noticias en el Egipto. Se ha encontrado, en fin, hace poco la clave de sus jeroglíficos, y se ha hecho ya más de un descubrimiento interesante. Uno principalmente, al cual se atiende con preferencia y se confirma más y más, es el que se refiere á los libros atribuidos á Hermes Trismegisto, que se ven citados frecuentemente por

(1) Oupnekhat, 1 y 2 passim.

(2) *Religiones de la antigüedad*, por Creuzer y Guigniaud, lib. I.



los primeros Padres de la Iglesia; contienen realmente las antiguas creencias del Egipto, tales como se las encuentra hoy mismo en los jeroglíficos de sus templos y de sus pirámides.

Allí se ve, como en la India, un Sér Supremo, único existente por sí mismo, manifestándose en una especie de Trinidad, y dando el sér á todas las cosas. Asimismo se encuentra la creacion de un mundo invisible, el de los espíritus y de las almas, despues la creacion de un mundo visible, y por último, el de la raza humana. Los espíritus ó dioses secundarios presiden el gobierno de los astros y de los elementos. Todo, en una palabra, se encuentra allí; pero envuelto bajo una infinidad de alegorías y de símbolos. Lo que hay de más notable es, que el signo de participacion á la naturaleza divina es una cruz (1).

Los antiguos persas nos han dejado análogas tradiciones. Su último imperio fué destruido despues de doce siglos; pero muchos de sus descendientes, conocidos bajo el nombre de persas, se han perpetuado en la India y han conservado algunos de sus libros sagrados. Estos libros han sido traídos á Europa y publicados hace unos ochenta años. En ellos se ve un Sér Supremo, inmenso, eterno, sin principio ni fin, Zerouane-Akerene, que da la existencia á dos espíritus principales, Ormuzd y Abri-man, acompañados cada uno de otros seis. Tambien se ve á Ormuzd que permanece bueno, y Ahriman que llega á ser malo, librándose entre ellos, con la multitud de sus ángeles, combates que deben terminarse por el castigo y la conversion de Ahriman. Por último, la creacion del Universo, acabada en seis épocas sucesivas, en la última de las cuales aparecen *Meschia* y Meschiané, los primeros padres de la raza humana (2).

Entre los griegos y los romanos, en medio de sus fábulas poéticas, se encuentra el mismo fondo tradicional sobre la creacion del mun-

(1) *Panteon egipcio*, por M. Champollion. *Religiones de la antigüedad*, lib. III. Stobée, *Ecloga phisic.*, lib. I, págs. 116 y 117.

(2) *Zend-Avesta*, traducido por Anquetil-Duperron, *Religiones de la antigüedad*, lib. II.

do (1). Se ve el antiguo caos, donde todos los elementos están confundidos. De este agua, de este abismo, nos dice el sábio más antiguo de la Grecia, Dios, es decir, como él lo define, el Sér que no ha tenido principio ni fin, ha producido el Universo (2).

En verdad, decia públicamente al pueblo de Atenas uno de sus más grandes poetas, no hay más que un Dios, que ha hecho el cielo y la tierra, la mar azulada y los vientos impetuosos (3). Es una tradicion antigua, transmitida de padres á hijos, escribia uno de sus más célebres filósofos, que existe un Dios que todo lo ha hecho y que lo conserva todo. No hay sér en el mundo que pueda bastarse á sí mismo y que no perezca, si es abandonado por Dios. Sí, Dios es verdaderamente el generador y el conservador de todos los séres, cualesquiera que sean, en todas las leyes del mundo (4). Los sábios antiguos de Italia, los etruscos, enseñaban que Dios ha criado el mundo en seis épocas. En la primera hizo el cielo y la tierra; en la segunda, el firmamento; en la tercera, el mar y las aguas que están sobre la tierra; en la cuarta, las dos grandes antorchas de la naturaleza; en la quinta, las almas de las aves, de los reptiles y de los demás animales que viven en el aire, sobre la tierra y en el agua; en la sexta, el hombre (5). Y á este hombre, nos dicen los poetas, le da una posicion derecha, una mirada elevada hácia el cielo y una inteligencia superior para dominar sobre todo lo demás (6). En cuanto á su cuerpo, le forma con mucho arte del limo de la tierra; pero para animarle roba al cielo una chispa del fuego divino. En fin, ¡cosa singular! este Dios criador del hombre, que le ha formado con tanta inteligencia y amor, es por él clavado en una cruz (7).

(1) Hesiodo, Ovidio.

(2) Thales, Diógenes Laert. y Ciceron, *De nat. door.*, lib. I.

(3) Jofoc., *apud.*, Euseb. prep. ev., lib. XIII, capítulo XIII.

(4) Aristóteles, *De mundo*, cap. VI, et *apud Sto-beem*.

(5) Suidas, *Tyrrhenia*.

(6) Ovidio, *Metamorfosis*, lib. I, vers. 70, 88.

(7) Prometeo de Eschyles y de Séneca.



La costumbre de contar los días por siete ó por semanas, que se encuentra en casi todas las naciones, parece un antiguo recuerdo de los siete días primitivos en que Dios crió y bendijo el universo. Desde la más remota antigüedad, el sétimo día era un día de fiesta para los chinos. Se cuenta en el Yking, uno de sus libros canónicos, que los antiguos reyes, en el día sétimo, que llama el gran día, hacían cerrar las puertas de las casas; que en aquel día no se hacía ningún comercio, y que los magistrados no juzgaban ningún negocio; esto es lo que se llama en China el antiguo calendario (1).

Una circunstancia, que por sí sola demuestra la universalidad de estas tradiciones, es el que se encuentra hasta en los salvajes de América, los Iroquois y los Hurons. «Segun las narraciones invariables de las personas que en diversas épocas, despues del descubrimiento de América, han tenido ocasion de vivir en medio las tribus indias, escribian hace pocos años sábios ingleses, no hay nada más cierto que la firme creencia de estos salvajes *no instruidos*, en la existencia del Todopoderoso, en la unidad de Dios, y en un estado futuro de premio y de castigo. Adoran al gran espíritu que da la vida, y le atribuyen á la vez la creacion y el gobierno de todas las cosas, con una sabiduría, un poder y una bondad infinitas.

»En cuanto al origen de su religion, crecen en general, que cuando el espíritu hubo formado terrenos para cazar y les dotó de caza, crió el primer hombre y la primera mujer rojos, que eran de una gran estatura y vivieron largos años; que frecuentemente se entretenia familiarmente con ellos; que les dió leyes que habian de observar, y les enseñó á cazar y á cultivar el trigo; pero que á consecuencia de su desobediencia, se apartó de ellos y les abandonó á los vejámenes del espíritu maligno, que despues ha sido la causa de su degeneracion y de sus sufrimientos. Creen que el Criador es de un carácter más elevado, por ser directamente el autor del mal, y que, á pesar de las

(1) Chouking, Paris, 1770. Discurso preliminar, p. CXVIII.

ofensas de sus hijos rojos, continúa esparciendo sobre ellos todas las bendiciones de que gozan. En consecuencia de esta benevolencia paternal para ellos, tienen hácia él una piedad verdaderamente filial y sincera, le dirigen sus ruegos en todas sus necesidades, y le dan gracias por todos los bienes que reciben. Segun su manera de representarse el estado futuro, el paraíso es una region deliciosa, situada muy lejos, al otro lado del gran Océano, en donde sus ocupaciones estarán exentas de penas y de turbaciones, sin cambiar por eso de naturaleza; en donde habrá un cielo sin nubes y una primavera eterna. Allí, en la posesion eterna de la felicidad, esperan entrar en la gracia y gozar de la presencia inmediata del gran Espíritu.

»Con eso, tienen una profunda conviccion de que la práctica de las acciones buenas y virtuosas en esta vida puede solo asegurarles un porvenir venturoso, y una conducta opuesta les acarreará, por el contrario, aficciones, miserias, desgracias sin fin, en una tierra estéril y desierta, patrimonio de espíritus malvados, cuyo placer y ocupacion es hacer á los desgraciados mucho más miserables (1).»

Estas tradiciones, que los historiadores españoles de América habian todos reconocido y consignado desde el descubrimiento de este país, un sábio alemán acaba de encontrarlas, como ellos, entre los diversos pueblos que ha visitado, en particular en los jeroglíficos ó escrituras por imágenes de los antiguos mejicanos. En todas partes el Gran Espíritu, Sér supremo é invisible, ha criado el cielo y la tierra, y sobre la tierra un primer hombre y una primera mujer (2).

El nombre de *Gran Espíritu* dado á Dios por los salvajes de América, nos parece admirable. Lo que no es ménos admirable es la manera como Dios interviene en sus discursos. En 1813, una colonia de la América septentrional, requerida por los ingleses para que evacuasen su territorio paterno, respondió por

(1) *Memorial católico*; Noviembre, 1825.

(2) *Vistas de las Cordilleras*, por M. de Humboldt.



uno de sus jefes: «Nuestras vidas están en las manos del Gran Espíritu. Él ha dado á nuestros padres las tierras que poseemos; si esta es su voluntad, nuestros huesos blanquearán sobre estos campos, pero no les abandonaremos jamás.»

El color rojo que dan á nuestros primeros padres, admira desde luego, así como el paraíso lleno de caza. Esto se explica, porque estos pueblos tienen este mismo color y viven principalmente de la caza. Por otra parte, en estas mismas particularidades, sus tradiciones están literalmente conformes con la narracion de Moisés. El nombre de Adam que Dios da al primer hombre, así como á toda su posteridad, puede significar, en hebreo, *de tierra roja*; y los animales que le trae y le somete en el paraíso, pueden muy bien hacer mirar á este lugar como una especie de parque. El nombre mismo de paraíso significa entre los persas y entre los griegos, un jardín de recreo, en donde, con los más bellos árboles, se encontraban animales de toda especie para la caza del rey (1).

Lo que parecerá quizá más admirable aún de parte de estos pobres salvajes, es el recuerdo de la caída del hombre; pero sobre todo la esperanza de la redencion, la esperanza de volver á entrar en gracia y gozar de nuevo de la presencia inmediata y familiar del Gran Espíritu, como en el origen. No solamente la América creía en la caída original del hombre, sino que conservaba aún el recuerdo de los personajes que han sido la causa: la serpiente y la mujer. Aún hoy se ve en las pinturas jeroglíficas de los mejicanos la célebre *mujer serpiente*, llamada también *mujer de nuestra carne*, compañera del *señor de nuestra carne*, mujer que los mejicanos miraban como la madre del género humano, y que es siempre representada en relacion con una gran serpiente. Otras pinturas nos ofrecen una culebra coronada hecha pedazos por el Gran Espíritu (2).

En fin, recientemente aún se ha descubier-

(1) *Ciropeedia de Xenofonte*.

(2) *Vista de las Cordilleras*, por M. de Humboldt, t. I, p. 235.

to en la Pensilvania, bajo una enorme encina arrancada por la tempestad, una gran piedra, sobre la cual estaban grabados, entre otras cosas, un hombre y una mujer separados por un árbol, teniendo la mujer frutas en la mano. Al rededor de ellos se veían ciervos, osos y aves.

Como esta encina tenia por lo ménos cinco ó seis siglos de existencia, estas figuras han debido ser esculpidas mucho tiempo antes del descubrimiento de América por Colon (1).

¿Pero de dónde han podido venir á los americanos tradiciones semejantes? Hoy la respuesta no es difícil. La América estuvo unida probablemente al Asia por el Norte. Cuando ménos, bien sabido es al presente que la América Septentrional no está muy apartada del Asia Oriental. Ahora bien; en toda el Asia se encuentran estas mismas tradiciones.

Uno de los libros canónicos de los chinos, el Yking, habla así del dragon ó de la gran serpiente: «Gimió sobre su orgullo.» Y «El orgullo le cegó cuando quiso subir al cielo, y cayó al seno de la tierra.» El inmoderado deseo de la ciencia, dice Hoainantse, precipitó al género humano en la perdicion. No escuchéis á la mujer, dice un antiguo proverbio chino, y la glosa añade: «Porque la mujer ha sido el origen y la raíz de todos los males.»

Cuando el hombre fué pervertido, dice Lopi, los animales, las aves, los insectos y las serpientes, le hicieron la guerra. Apenas adquirió la ciencia, todas las criaturas vinieron á ser sus enemigos. En ménos de tres ó cinco horas, el cielo se cambió, y el hombre ya no fué el mismo. Cuando la inocencia fué perdida, dice Hoainantse, entonces apareció la misericordia (2).

En los libros de los indios, donde el Sér Supremo se manifiesta en tres personas, Brahma ó el Criador, Vichnu ó el Conservador, Siva ó el que destruye y renueva; en estos libros se ve la segunda persona de esta especie de tri-

(1) *Anales de la literatura y de las artes*, l. 10, pág. 286.

(2) *Memorias concernientes á los chinos*, t. I, página 203 y 101.